



Homilía en la Santa Misa Crismal

Parroquia San José, Siquirres, lunes 3 de abril 2023.

Hermanos, el Señor nos congrega un año más para la celebración de la Santa Misa Crismal. Y lo hacemos en este templo de Siquirres, consagrado al patriarca San José, custodio de la Sagrada Familia, el hombre del silencio valiente, siempre a la escucha de la voluntad de Dios.

A él nos encomendamos, como protector de la Iglesia, frente a las acechanzas del maligno, para que por su intercesión, se fortalezca nuestra voluntad, se intensifique nuestra oración y se acreciente en cada uno de nosotros un deseo sincero de santidad.

Con en carácter sacerdotal que reviste esta Eucaristía, al estar todo el clero reunido para elevar a Dios nuestra humilde plegaria, entregamos y depositamos en sus manos todo nuestro ser, lo que hacemos, pensamos y decimos, confiados en que su misericordia transformará nuestro barro en ofrenda agradable a sus ojos.

Esta celebración es una renovada invitación a actualizar el don de nuestra pertenencia a la Iglesia, pueblo de Dios en camino, y a gustar la gracia de la fraternidad. Y lo hacemos en torno al Altar, celebrando la Eucaristía. Si la Eucaristía es la manifestación más plena de la Iglesia, esta la hace visible de un modo privilegiado.

Desde el Concilio, la diócesis, también llamada Iglesia particular, es entendida como “una porción del Pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica” (CD, 11).

Es lo que estamos viviendo precisamente hoy. Somos la Iglesia de Dios que camina en estas tierras benditas de Limón, desde el río Sucio hasta Sixaola, desde Tortuguero hasta Telire, en el aquí y el ahora de la historia, para hacer presente a Nuestro Señor Jesucristo, vivo y actuante, que camina a nuestro lado, al lado de nuestro pueblo bueno y santo.

Para nosotros, como sacerdotes, la Misa Crismal es también un momento de alegría que nos permite volver al día de nuestra ordenación sacerdotal para agradecer la gracia que recibimos por la imposición de manos del Obispo y la unción con el óleo santo, renovando nuestro compromiso de unión a Cristo, configurándonos con él para servir con verdadera entrega al pueblo que se nos ha confiado.

Así, esta misa es siempre un momento oportuno para detenernos -qué difícil es a veces detenernos- para reflexionar sobre nuestro ser como sacerdotes, sobre nuestra vocación y servicio, de modo que podamos vivir una conversión de todo aquello que nos aleja del modelo del Buen Pastor, para responder a los retos que en cada momento se presentan a la Iglesia y a nuestro ministerio.



Diócesis de Limón

Nuestro sacerdocio se define desde Cristo, con el que nos hemos identificado sacramentalmente y en cuya persona actuamos. Ya no nos pertenecemos a nosotros, le pertenecemos a él que por nosotros murió y resucitó.

Pero al mismo tiempo, y como consecuencia de nuestra unión con Dios, el sacerdocio se define también por su relación, podemos decir, horizontal, fraterna, con el Obispo, con el Presbiterio y con el pueblo. Estas relaciones no son, y no pueden ser, funcionales o administrativas, sino que son profundamente teológicas, espirituales y pastorales.

Y aquí quisiera detenerme brevemente.

Hace poco, los obispos conocimos de un estudio hecho por una empresa seria, sobre la percepción de los laicos católicos en nuestro país acerca de la Iglesia, sabiendo y entendiendo que ellos mismos son parte fundamental de ella. Los resultados son interesantes y ponen base científica a lo que muchas veces percibimos.

En pocas palabras, muchas personas hoy se sienten decepcionadas, y no se trata de que cuestionen las enseñanzas ni los dogmas, sino que no encuentran en la Iglesia, y especialmente en sus sacerdotes, la cercanía que esperan y necesitan recibir.

Las personas hoy tienen sed del mensaje de Salvación del cual somos depositarios. Necesitan darle sentido a su vida, van de un lado a otro buscando respuestas a sus preguntas más profundas, y muchas veces lo que encuentran son puertas cerradas y horarios de atención.

Hay también un deseo expreso de reducción de la burocracia, de los trámites y requisitos, así como una urgencia de gestos de acogida y misericordia.

Estos hallazgos nos tocan de frente a nosotros como pastores encargados de comunidades, primeros responsables en la misión evangelizadora.

¿Qué otros elementos hay dentro de este estudio que nos pueden ser útiles para discernir nuevas y mejores formas de ejercer nuestro servicio al pueblo?

Bueno, por ejemplo, los católicos de nuestro país acusan pésimas homilías, y así lo dicen, son pésimas la mayoría, mal preparadas, sin orientación, divagantes, aburridas, sin conexión con la vida, cargadas de señalamientos, regaños y condenas.

Otros hablan de que se pone demasiado énfasis al dinero, que muchas de nuestras celebraciones parecen una Teletón. También hablan de los obispos -no nos salvamos tampoco- y nos piden cercanía, humildad y capacidad de escucha.



Diócesis de Limón

Desde luego que les molestan los escándalos, rechazan de forma tajante los crímenes de los abusos sexuales contra menores, reclaman coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Nuestros católicos, mis queridos sacerdotes, piden transparencia, honestidad, apertura y comunicación.

Hoy es un buen día para pensar en esto, sin sentirnos superiores a nadie, ni asumiendo actitudes descalificadoras, sino estando abiertos a la escucha, a la comprensión y al diálogo con Dios en la oración, que nos ayude a seguir buscando siempre nuevos caminos para llevar a todos a la persona de Jesús, el único capaz de transformar el corazón del hombre.

En efecto, hermanos, Cristo ha sido enviado por el Padre al mundo para ser salvador de los hombres. La misión del Hijo brota del corazón del Padre que ama a los hombres, pero no los ama desde la lejanía, sino que quiso tomar nuestra condición y ofrecerse a sí mismo.

Dios no da, Dios se da, mostrando así el camino de la salvación. De igual modo nosotros somos enviados por Cristo para ser testigos del amor de Dios. Nuestra vida sacerdotal tiene que ser un testimonio constante de que Dios ama al mundo. Nuestro quehacer cotidiano en la parte que la Iglesia nos encomienda es que cada hombre o mujer conozcan y experimenten el amor de Dios.

Pero, ¿cómo lo haremos?, podríamos preguntarnos. Lo hemos de hacer con el agradecimiento del que sabe que ha sido elegido solo por la gracia, con la conciencia de que hemos elegido la mejor parte, con la responsabilidad del que ha sido enviado, con la libertad y la alegría del que es portador de una Buena Noticia, con la confianza del que sabe que no está sólo, con la humildad del que se sabe vasija de barro, con la entrega de la vida de lo que somos y de lo que tenemos. Hemos de hacerlo con amor, con amor a Dios y con amor a nuestro pueblo. Esta es la caridad pastoral.

Y el sacerdote, identificado con Cristo, actuando en su persona, es hombre de Eucaristía. La eucaristía celebrada, adorada y vivida. Ser Eucaristía exige de nosotros la cercanía en intimidad con el Señor, acudir a la escuela del Maestro divino para escuchar su palabra, para tener sus sentimientos, para identificarnos con Él, para aprender y aceptar que el seguimiento es principalmente compartir su destino.

Adoremos el misterio eucarístico y hagamos que nuestros fieles valoren este don que el Señor nos hace. Que nuestra eucaristía no acabe en el templo, sino que continúe fuera, en nuestra caridad con los demás. Así seremos en Cristo verdaderos pastores para nuestro pueblo y para el mundo.

Hemos de hacer de nuestras comunidades verdaderos hogares donde se acoge, se escucha, se comprende y acepta a todos sin juzgarlos, sino ayudándolos a conocer y experimentar el amor de Dios, “cuánto deseo que los lugares en los que se manifiesta la Iglesia, en particular nuestras parroquias y nuestras comunidades, lleguen a ser islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia”, nos dice el Papa.

No podemos ser indiferentes ante lo que vive y lo que sufre nuestro pueblo, hemos de caminar con ellos y compartir sus logros y sus fracasos. Si el sacerdote no camina con su pueblo, su ministerio

Tels: Curia: +506 2758-0093 / Fax: +506 2798-4546 / Email: curiadelimon@iglesiacr.org



Diócesis de Limón

no tiene sentido. Esto adquiere ahora, a la luz del camino sinodal que está transitando la Iglesia, una importancia fundamental.

La misión de Cristo es evangelizar a los pobres, y si nuestra misión es la suya, también nosotros estamos llamados a evangelizar a los pobres. No voy a detenerme a analizar los rostros de la pobreza presentes en nuestra Diócesis de Limón, pero ciertamente son muchos y ustedes los conocen, y no sólo en la pobreza material, sino también en tantas pobrezas espirituales, en la ausencia de Dios, en la lejanía de su amor.

Traigo nuevamente las palabras del Papa: “quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria” (EG, 200).

Y esto debemos de hacerlo juntos, como una Iglesia sinodal que se sabe siempre en camino, como una Iglesia corresponsable que pone en la misma mesa todos los carismas, mostrando así la belleza y la grandeza de la vocación cristiana. Todos somos necesarios en esta nuestra amada Diócesis de Limón, nadie puede sentirse excluido, porque esta casa la construyó el Señor para reunirnos a todos.

Mis queridos sacerdotes, estimados fieles laicos que nos acompañan, le pido a la Virgen Santísima, nuestra Madre del Cielo, que interceda por cada uno de ustedes, por sus necesidades materiales y espirituales, para que encuentren siempre la alegría en el amor, la esperanza y la fe.

Así sea.

Mons. Javier Román Arias
Obispo de Limón